



CADETES

GONZALO CANAL RAMIREZ

Por mi buena suerte, ahora soy padre de dos cadetes, dos hijos míos que terminaron bachillerato y hacen su servicio militar en la Escuela de Cadetes. El hecho no tendría nada que rebasara los límites de un acontecimiento familiar, ajeno al público, si no me sirviera para decirles a mis lectores algo sobre dos temas que sí son de dominio de todos y de la nación: la educación y el servicio militar.

Preocupado, desde hace mucho tiempo por la educación, como padre y ciudadano, he venido observando muy de cerca la Escuela Militar de Cadetes que ahora es también un colegio de segunda enseñanza para los dos últimos años de bachillerato y una Facultad Universitaria para los dos primeros de la carrera. Encontré allí un excelente profesorado civil, con magnífica hoja de vida, especialista de la cátedra que enseña y con un buen "récord" de experiencia y eficacia de la misma. Hallé, además, en la Escuela Militar de Cadetes, un muy buen material y equipo de enseñanza, un extraordinario espíritu de patria, honor, lealtad y disciplina y un especial empeño en las matemáticas y los idiomas por el método electrónico. Disciplina no para perros ni para enseñar la ciega obediencia, sino para templar el ánimo y preparar para la

responsabilidad. Para la responsabilidad de un comandante, en cuyas manos está tantas veces la seguridad misma de la república y sus instituciones. Además, excelentes instalaciones deportivas y un régimen muy bien equilibrado en el entrenamiento físico, el moral y el intelectual. Es decir, entre las tres bases fundamentales de la educación que a tantos pueblos ha hecho grande empezando por el griego. Los tres ingredientes del desarrollo armónico del muchacho que es cuerpo, alma y razón a la vez.

Pero, además de todo eso, encontré dos cosas humanas que me decidieron a mí y a mis hijos. La primera, que el personal de muchachos allí es policlasista, como lo es el cristianismo y como lo es la vida misma. Es decir, que hay allí alumnos de todas las extracciones sociales —vale decir, en el lenguaje de los sangrezules— hay "mescolanza".

Estoy encantado con esa mescolanza. La vida en sí es mescolanza y el unclasismo, o puritanismo social, ya no es sino una oportunidad para el comunismo, que es el único unclasismo sobreviviente en este siglo.

Por otra parte, el policlasismo -mescolanza- es un buen factor pedagógico, ya que pone al muchacho en contacto con todos los muchachos, es de-

cir, capacita al hombre de mañana para poder vivir y tratar con todos los hombres. Y la vida no es otra cosa que este trato. Además, ¿qué sería de un ejército cuya oficialidad estuviera formada por elementos de una sola clase social? El zarismo y el comunismo nos lo enseñaron ya, cuando no el "junkkerismo".

Mi segundo hallazgo, en este orden de cosas, fue el que los muchachos pudieran hacer, paralelamente a la terminación de su bachillerato, su servicio militar, sagrada obligación de ciudadano, de la cual no voy a eximir a ninguno de mis ocho hijos varones, porque me parece un delito de lesa patria esta exención. Me he rebelado siempre contra las mil maneras de burlar nuestro precepto constitucional del servicio militar obligatorio, que, en resumidas cuentas no es obligatorio sino para el que no tiene los cien pesos o el padrino para burlar el precepto.

Aun desde el punto de vista pedagógico, yo no puedo considerar completa una educación en donde falte el servicio militar. Es decir, aquel período de la vida de un joven que lo fa-

miliarizará con el ejercicio de conceptos y actividades, con aquella pericia física y moral que solo ese servicio puede darle. Tengo a mi favor en esta creencia el ejemplo histórico y actual de todas las naciones grandes y civilizadas del mundo, entre otras, la más civilista de todas, Suiza.

Cuando en días pasados mis hijos traspusieron, voluntaria y alegremente, el umbral del portalón de la Escuela de Cadetes, cuando mientras marchaban bajo el arco de entrada de aquel plantel con cuatrocientos colombianos más, al son del toque de silencio, con el que el cuartel los recibía, pensé que la nación y yo podíamos contar pronto con dos ciudadanos más de verdad. Este es el recuerdo que de este episodio quiero dedicar a mis lectores, que sean padres de familia y a aquellos de mis amigos que están pensando que el servicio militar es apenas patrimonio de una clase social que no es la suya, como si esta patria no fuera suya también.

Bogotá, febrero de 1964.